

PEPE MUJICA: “ES MUY DIFÍCIL IR CONTRA EL DISCO DURO”

por. Julio César Romero Magliocca

Una conversación sobre la infancia, los barrios, la política, la memoria y aquello que la vida va dejando en nosotros. Hay conversaciones que comienzan con una pregunta y terminan convirtiéndose en un viaje por la **memoria**. La que mantuvimos con Pepe Mujica en su chacra fue una de **ellas**. No fuimos solamente a buscar al ex presidente, al dirigente político, al hombre que durante décadas ocupó un lugar central en la historia reciente del Uruguay y que terminó siendo conocido en buena parte del mundo. Fuimos, fundamentalmente, a encontrarnos con el hombre que existe detrás del personaje. Y ese hombre apareció, una vez más, a través de los recuerdos. Llegamos a la chacra junto a mi hija, Verónica. Antes de comenzar la conversación hubo un agradecimiento sencillo, de esos que tienen más valor precisamente porque se dicen mirando a los ojos. Le agradecemos a Pepe por recibirnos, por regalarnos parte de su tiempo, seguramente después de haber estado trabajando hasta poco antes de nuestra llegada. Porque los agradecimientos —le dijimos— hay que darlos en vida. Y así comenzó una conversación que

terminó
llevándonos
mucho más lejos
de lo que
imaginábamos.

LOS BARRIOS TAMBIÉN TIENEN HISTORIA

Hablar con Mujica sobre una revista barrial parecía, de entrada, algo distinto a las entrevistas que habitualmente recibe. Medios internacionales, grandes medios nacionales, periodistas de todo el mundo han pasado por su vida. Pero esta vez la mirada



venía desde otro lugar: desde los barrios. Le contamos que Revista Raíces nació justamente con esa intención: rescatar historias, personajes, tradiciones y memorias que muchas veces no encuentran espacio en los grandes medios. Principalmente, los barrios que no tienen voz. Borro, Casavalle, Lavalleja, las 40 Semanas y tantos otros lugares que suelen aparecer en la prensa solamente cuando ocurre algo negativo. Nosotros queríamos mostrar otra cosa. Mostrar que detrás de esas calles hay historia. Hay gente. Hay cultura. Hay solidaridad. Hay esfuerzo. Hay recuerdos que merecen ser conservados. Mujica entendió rápidamente el sentido. Las revistas barriales, dijo, forman parte de una lucha relacionada con la cultura popular. Hay publicaciones de todo tipo — algunas dedicadas al chismorreó y otras a cultivar las semblanzas y la historia de una zona —, pero todas ellas pueden cumplir una función importante: contar de dónde venimos. Y enseguida la conversación se metió en la propia historia del lugar donde estábamos. Aquella zona, recordó Mujica, había sido utilizada durante la época colonial como lugar donde se guardaban los patrulleros y la caballería del rey. Eran terrenos vinculados a la antigua estancia del rey. La historia aparecía así como una presencia escondida debajo del paisaje actual.

CUANDO EL BARRIO GUARDA LA MEMORIA

Le contamos entonces algunos de los trabajos que venimos realizando desde Raíces. Hablamos del barrio Borro y de una historia que para nosotros tiene un valor enorme: la antigua casa de Pedro Cassavalle. Recordamos aquellos tiempos en que Artigas sitiaba Montevideo desde el Cerrito de la Victoria y había enviado un parlamentario para intentar llegar a un acuerdo con Javier de Elío. Pero aquello no terminó como se esperaba. El virrey expulsó a nueve padres franciscanos. Artigas los recibió en el Cerrito de la Victoria y posteriormente fueron enviados a resguardo a la casa de Pedro Cassavalle, ubicada en lo que hoy conocemos como barrio Borro. Una casa que, pese al paso del tiempo, todavía permanece en pie.

Entre aquellos franciscanos estaba Benito Lamas, quien tuvo un papel importante como maestro y acompañó el movimiento revolucionario artiguista. Eso es lo que intenta hacer Raíces: encontrar esas historias que están allí, delante de nuestros ojos, pero que muchas veces nadie cuenta. También le mostramos el trabajo realizado sobre la historia de Peñarol y aquella capilla levantada en 1799 sobre terrenos vinculados a la familia de Artigas. Una pequeña capilla que alguna vez estuvo rodeada por otro paisaje y que también guarda una historia religiosa, social y política. Le contamos sobre el trabajo de reconstrucción a partir de un dibujo de Benés e Irigoyen, sobre Álvaro Saralegui Rosé y sobre el antiguo cementerio donde fueron enterrados muertos de la Batalla de Las Piedras. Y apareció también la figura de Jacinto Vera. Con apenas 19 años llegaba desde Toledo a caballo para estudiar gramática y latín con Lázaro Gadea. Su destino sería la formación sacerdotal, primero en Buenos Aires y posteriormente en Córdoba. Todo aquello parecía confirmar una idea sencilla: Los barrios no son solamente calles y casas. Son memoria.



EL NIÑO DE PASO DE LA ARENA

Pero en algún momento había que dejar la historia general y preguntarle por su propia historia.

¿Dónde nació Pepe Mujica?

La respuesta fue inmediata: Paso de la Arena.

Nació junto a la escuela 150, que todavía existe.

Y desde ese instante ocurrió algo hermoso: el hombre público comenzó lentamente a dejar paso al niño.

“Era un barrio donde empezaban a morir las chacras”, recordó.

Las chacras comenzaban a transformarse en solares. Los trabajadores

compraban terrenos a plazo y levantaban sus casas poco a poco. La cercanía de los frigoríficos explicaba buena parte de aquel crecimiento. La gente trabajaba en los frigoríficos del Cerro, entre ellos el Swift, el Armour y el Nacional. Y así se iba formando el barrio. Las calles eran de tierra. Las veredas también.

No había grandes comodidades, pero había algo que quizá hoy cuesta encontrar: tiempo para jugar y una enorme capacidad para inventar diversión con muy poco. Se jugaba a la bolita, al trompo, al **balero**. Se remontaban cometas. Y se jugaba al fútbol con pelotas de trapo porque comprar una pelota verdadera era, sencillamente, demasiado caro. Aquella infancia no necesitaba demasiadas cosas. Necesitaba una calle, algunos amigos y ganas de jugar.

EL TRANVÍA Y UN MONTEVIDEO QUE YA NO EXISTE

En aquellos años también estaba el tranvía. La línea E. Mujica recuerda que fue uno de los últimos tranvías que quedaron funcionando. Venía desde Belvedere, pasaba por la zona de Luján y llegaba hasta la Barra de Santa Lucía. Era mucho más que un medio de transporte. Formaba parte de la vida cotidiana de aquellos barrios. Antes de que Montevideo concentrara determinadas actividades de abastecimiento, los animales destinados a la ciudad estaban relacionados con la zona de Santiago Vázquez. El tranvía llevaba trabajadores y personas vinculadas a esas actividades. Y siguió funcionando durante muchos años. Mujica recuerda especialmente que era prácticamente el único transporte disponible durante la noche. A las doce o a la una de la mañana todavía podía aparecer. Y algunas veces iba gente hasta arriba, incluso sobre el techo. Era otro Montevideo. El Montevideo de las calles de tierra, de los tranvías, de los barrios que crecían lentamente y de una ciudad que todavía conservaba mucho de su paisaje rural.

REGALO, LA POTRANCA QUE APRENDIÓ JUNTO A PEPE

Pero entre todos los recuerdos de aquella infancia hubo uno que parecía tener un lugar especial. Una potranca. Se llamaba Regalo. Pepe tenía once años cuando su abuelo se la regaló. La trajeron una noche en un camión. Y ocurrió algo que, contado tantos años después, conserva una enorme **ternura**. La potranca no sabía arar. Y Pepe tampoco. Entonces aprendieron juntos. Él tenía once años y aquella potranca se convirtió en parte de su vida. El viejo arado todavía estaba guardado en el galpón. Un objeto aparentemente insignificante, pero capaz de actuar como una llave de la memoria. Porque hay objetos que no son simplemente objetos. Guardan momentos. Guardan personas. Guardan lugares. Guardan una parte de nosotros. Regalo vivió muchos años en la casa. Y murió cuando Pepe estaba preso. Su madre la enterró en el piso de un galpón. El nombre quedó. Regalo. Una palabra que terminó siendo mucho más que el nombre de una yegua. Fue un recuerdo de infancia que atravesó décadas.

UNA FAMILIA, UNA HECTÁREA Y MUCHO TRABAJO

Su padre murió cuando Pepe tenía ocho años. Era empleado de Vialidad y atendía una balanza donde se pesaban camiones. Había nacido en Florida. Su madre era carmelitana y descendiente de italianos. Se ocupaba de la casa. La familia tenía una hectárea y algo más de tierra. Allí cultivaban. Había también un pedazo de bañado donde crecían cartuchos que luego vendían a una florería. Y había mimbre, que se cortaba y se vendía para fabricar canastos, especialmente en aquellos tiempos en que las damajuanas de vino formaban parte de la vida cotidiana. La escuela estaba pegada a la casa. Pepe prácticamente salía de su hogar y entraba directamente a la escuela. Pero la vida no era fácil. En los años de la guerra tuvieron incluso un criadero de conejos de angora. Llegaron a tener unos 800. Pepe pasaba buena parte del día cortando forraje. Los animales estaban en jaulas. Y recuerda con humor que cuando comían parecía que llovía. La lana de aquellos conejos era aprovechada industrialmente y se utilizaba, entre otras cosas, para fabricar materiales vinculados a los paracaídas. Pero la guerra terminó. Y con ella terminó también aquel pequeño negocio. Los conejos fueron regalados y algunos terminaron formando parte de la alimentación familiar. Son recuerdos que pueden parecer pequeños. Pero justamente allí está una parte esencial de la historia de un hombre. No en los grandes discursos. En las pequeñas cosas. En la tierra. En el trabajo. En los animales. En la familia. En aquello que se aprende cuando todavía no sabemos que algún día esos recuerdos serán parte de nuestra historia.

LA RADIO Y EL MARACANÁ

También estaba aquella radio. Una radio grande, cuadrada, de madera. Cuando su padre llegó con ella a la casa fue todo un **acontecimiento**. Su padre se sentaba junto al aparato. Y aquella radio terminó convirtiéndose en una especie de ventana hacia el mundo. Muchos años después, Pepe escucharía allí el relato de la final del Maracaná. La hazaña uruguaya de 1950 llegó a aquella casa a través de las ondas de una radio. Y el recuerdo permanece. También recuerda la llegada de la delegación **uruguaya**. La **multitud**. La locura. Fue al estadio con su **madre**. Su padre era hincha de Nacional. Su madre era indiferente al fútbol. Pero había algo que llamaba particularmente su atención cuando comparaba aquel tiempo con el presente. Las hinchadas

estaban juntas. Cada una festejaba sus goles. Y no pasaba nada. No había que separar a los hinchas. No existía la violencia que hoy obliga a tomar tantas precauciones. “Eran otros tiempos”, pensamos. Quizás también eran otros valores.

LA ESCUELA COMO SEGUNDA CASA

Pepe recuerda que durante seis años de escuela tuvo apenas dos faltas. Era lógico. La escuela estaba al lado de su casa. Pero también era mucho más que eso. Era parte de la vida del barrio. Recuerda a una directora llamada Resenite. Era bajita, tocaba el piano y dirigía el coro. También recuerda a Juanita Scorby, maestra de sexto año que después llegó a ser directora y que vivía en el Cerro. Aquellos maestros permanecían muchos años en las mismas **escuelas**. No cambiaban constantemente. Y eso hacía que terminaran formando parte de la vida de las familias. El maestro no era solamente quien enseñaba. Era consejero. Era referente. Era alguien a quien se podía recurrir cuando aparecía un problema. En muchas comunidades rurales, el maestro era prácticamente una institución. Y las historias familiares se transmitían de generación en generación. Mujica recordó incluso una historia que le contaba su abuelo sobre una escuela de otros tiempos. Los muchachos iban con las zapatillas debajo del brazo y se lavaban los pies en el bebedero de los caballos para no gastar el calzado. Era una historia anterior a su propia infancia, probablemente de fines del siglo XIX o comienzos del XX. Pero permaneció. Su madre había estudiado en aquella escuela y tuvo como maestra a Lantanich. Muchos años después, cuando aquella maestra ya era una mujer anciana y jubilada, la madre de Pepe iba a visitarla. Y Pepe la acompañaba. La memoria volvía a unir generaciones.

CUANDO EL TIEMPO PARECÍA DURAR MÁS

Entonces apareció una pregunta que no necesita ser histórica ni política. Una pregunta que cualquiera puede hacerse cuando mira hacia atrás: ¿Por qué antes parecía que había más tiempo?

Mujica recordó una frase de un amigo argentino: “Somos del tiempo de madre el tiempo completo.”

Las familias eran grandes. Seis, siete hijos. La mujer administraba una casa entera. Había que cocinar, lavar a mano, cuidar a los niños, resolver los problemas cotidianos. No existían las comodidades tecnológicas de hoy. Y Mujica hizo una observación importante: no es que antes las mujeres no trabajaran. Muchas veces trabajaban mucho más. El progreso tecnológico fue modificando la vida, pero también cambió la economía familiar. La plata comenzó a no alcanzar. La mujer tuvo que salir a trabajar fuera de la casa. Y la estructura familiar fue **cambiando**. La conversación tomó entonces otro rumbo. Mujica empezó a reflexionar sobre la relación entre hombres y mujeres. Sostuvo que, antropológicamente, los hombres tenemos una enorme dependencia de la mujer, aunque muchas veces no seamos conscientes de ello. Somos patriarcales. Somos dominadores. Pero también somos dependientes. Dependemos de una madre. Dependemos de una mujer. Dependemos de alguien que muchas veces parece saber dónde está aquello que nosotros no encontramos. Y, según Mujica, hombres y mujeres no necesariamente son iguales en todo. Tienen los mismos derechos. Pero son **complementarios**. La mujer tiene capacidades que el hombre no posee de la misma manera. Por ejemplo, esa posibilidad de estar cocinando, trabajando y, al mismo tiempo, mantener la atención puesta en los hijos. La mujer está haciendo varias cosas simultáneamente. El hombre tiende a concentrarse. Y Mujica llevó esa observación incluso hacia ámbitos inesperados. Contó que, en determinados análisis de escenarios militares complejos, se comenzó a incorporar la mirada de mujeres porque podían ofrecer una visión más amplia y periférica de la situación. Según su razonamiento, esa diferencia puede tener raíces biológicas vinculadas al papel de la crianza. La criatura humana nace extremadamente dependiente. No como otros animales que poco después de nacer ya pueden caminar. El ser humano necesita cuidado durante mucho tiempo. Y esa necesidad deja huellas.

EL MUCHACHO QUE ENTRÓ EN LA POLÍTICA

Llegó la adolescencia. Y también las dificultades. Pepe fue al liceo, pero tuvo que hacerlo en condiciones complicadas. Su padre había muerto cuando él tenía ocho años. Su madre recién comenzó a cobrar una pensión quince años después de la muerte del marido. Los trámites de aquellos tiempos podían ser interminables. Conseguir un teléfono podía convertirse prácticamente

en una cuestión de suerte. Era una sociedad en la que muchas cosas funcionaban de otra manera. Mujica pudo estudiar cuatro años. Intentó continuar en preparatorios, pero no pudo. Sin embargo, fue en aquella etapa cuando apareció la política. Comenzó a militar siendo muy joven. No era lo más habitual, pero ingresó a una agrupación relacionada con la Asociación Reforma Universitaria. Allí comenzó un camino que terminaría llevándolo muy lejos.

EL ENCUENTRO CON ERRO

Su madre era blanca. La tradición política familiar también tenía su peso. Pero hubo una figura que terminó despertando especialmente su interés: Enrique Erro. Mujica tenía alrededor de 17 o 18 años cuando lo conoció. Su madre participaba en una agrupación y había comenzado a trabajar en la organización de un pequeño club de Erro durante una campaña electoral. Un día Erro llegó. Hablaron. Y aquel muchacho quedó impresionado. No por el discurso grandilocuente. Por otra cosa. Por la preocupación de Erro por los trabajadores. Por su cercanía con la gente humilde. Por su sencillez. Era un hombre que vivía en la zona de La Paz y que tenía una mirada social que impactó profundamente a Mujica. Aquella experiencia sería importante en su formación. Con el tiempo trabajaría en una secretaría donde participaban varios jóvenes. Se formó una militancia juvenil fuerte. Y allí comenzaron a definirse ideas. A entender el país. A entender la política. A entender también que la izquierda uruguaya no había surgido de un único lugar. Había una confluencia de personas provenientes de distintas tradiciones. Blancos. Colorados. Socialistas. Comunistas. Distintas historias personales que terminarían encontrándose en un mismo proceso. El Frente Amplio sería el resultado posterior de ese largo camino. Pero, para Mujica, había que mirar mucho más atrás. Porque las historias políticas tampoco nacen de un día para **otro. Se** van construyendo.

MANDELA: EL PODER POLÍTICO DE LA BONDAD

En determinado momento decidimos abandonar por un rato la historia uruguaya. Le propusimos un juego. Nombrar grandes personalidades del mundo y preguntarle qué le provocaban. El primero fue Nelson **Mandela. La** respuesta fue inmediata. Mandela era un hombre “fuera de serie”. Un símbolo de la lucha por la liberación de su pueblo. Pero Mujica destacó especialmente tres palabras:

Entrega. Sacrificio. Bondad. Y habló de algo todavía más profundo: el poder político de la bondad.

Mandela tuvo que enfrentarse incluso con sectores de su propia gente para convencerlos de que el objetivo no podía ser simplemente vencer. Había que trascender. Había que construir un acuerdo donde blancos y negros pudieran convivir. Porque la alternativa podía ser una matanza. Mandela lo logró. Y para Mujica esa capacidad de transformar una lucha en una posibilidad de convivencia constituye una de sus grandes enseñanzas.

GANDHI: UNA RESISTENCIA SIN VIOLENCIA

Después apareció Gandhi. Mujica lo ubicó dentro de la milenaria cultura india. Recordó que la India había sido conquistada por una empresa privada inglesa que, debido a la magnitud de aquel territorio y de aquel poder económico, terminó vinculándose directamente con el Estado. Y allí aparecieron métodos terribles. Gandhi respondió de otra manera. Levantó la bandera de la resistencia pacífica. De la no violencia. Pero Mujica hizo una precisión interesante: que una resistencia sea no violenta no significa que carezca de fuerza. La resistencia social podía ser brutal en sus consecuencias. La estrategia consistía en hacer que el dominio inglés se volviera cada vez más difícil y costoso de sostener. Por eso, más que una derrota militar, Mujica habló de una derrota política y social. Gandhi había encontrado una forma de luchar propia de la sociedad india. Y esa particularidad también era importante. No todas las experiencias históricas pueden trasladarse mecánicamente de un país a otro.

EL PADRE CACHO Y LOS DESHEREDADOS

Y entonces apareció un nombre que para nosotros tenía un significado especial: el padre Cacho. Le preguntamos qué conocía de aquel sacerdote que había elegido acercarse a los más pobres y que hizo de los más desheredados la causa de su vida. Mujica recordó también su vínculo con el padre Monzón. Y definió al padre Cacho como una expresión de esos

personajes que aparecen en la historia de la Iglesia católica. Una historia que, como todas las historias humanas, tiene de todo. Pero también tiene hombres que alcanzan una dimensión extraordinaria de entrega. Para Mujica, el padre Cacho pertenece a esa categoría. A la de quienes tomaron el compromiso con el cristianismo y con los más desheredados y lo convirtieron en la causa de su **existencia**. No fue simplemente una tarea. Fue una manera de vivir. Y quizás por eso el recuerdo del padre Cacho encajaba tan naturalmente dentro de una conversación que había comenzado hablando de los barrios. Porque Cacho también había comprendido algo esencial: que detrás de cada barrio hay personas. Que detrás de cada pobreza hay una historia. Que detrás de cada hombre hay una dignidad que no puede ser ignorada.

EL “DISCO DURO”

La conversación, finalmente, nos llevó hacia una cuestión mucho más profunda.

¿Qué somos los seres humanos?

¿Qué parte de nosotros viene dada?

¿Qué parte aprendemos?

¿Qué parte podemos cambiar?

Mujica recordó entonces a Daniel Vidart, antropólogo y amigo, a quien fue a visitar después de salir de la cárcel. También buscó a Renzo Pitt, otro amigo. Había preguntas que necesitaban ser pensadas. Y apareció aquella expresión que terminó dando sentido a toda la conversación: el “disco duro” con el que venimos de la naturaleza.

Mujica lo explicó de una manera sencilla. Somos animales. Tenemos una construcción genética. Hay una base que nos viene dada por la naturaleza. Ese sería nuestro disco duro de origen. Pero encima de esa base se va construyendo todo lo demás. La cultura. La educación. La historia. Las experiencias. Los golpes. Los afectos. Las personas que conocemos. Los lugares donde vivimos. Todo va incorporándose. Todo termina formando ese cóctel que es cada individuo. Pero la base permanece. Y entonces llegó aquella frase:

“El disco duro tiene su importancia porque es muy difícil ir contra el disco duro.”

Quizás sea una de las frases más interesantes de toda la conversación. Porque puede explicar mucho más que una teoría sobre el comportamiento humano. Puede explicar también una vida.

Mujica nunca dejó de hablar de sus orígenes. La tierra. Paso de la Arena. La chacra. La **escuela**. Su madre. Su padre. Los animales. El trabajo. La radio. El fútbol. Los maestros. Los amigos. La política. La cárcel. Todo forma parte de ese disco duro.

CUANDO UN ARADO DESPIERTA UN RECUERDO

Hay algo especialmente hermoso en esta idea. Los recuerdos no desaparecen completamente. A veces quedan dormidos. Y necesitan un disparador. Puede ser una palabra. Una fotografía. Una canción. Una voz. Un olor. Un objeto. Para Mujica, aquel viejo arado guardado en el galpón es uno de esos disparadores. Está allí. Quieto. Pero cuando aparece frente a sus ojos puede devolverle una potranca llamada Regalo. Puede devolverle al niño de once años. Puede devolverle una época. Puede devolverle incluso a su madre enterrando a aquel animal en el galpón mientras él estaba preso. Una simple herramienta agrícola termina conteniendo una parte de toda una vida. Y quizás eso sea la memoria. No una fotografía perfecta del pasado. Sino pequeñas puertas que se abren inesperadamente.

EL HOMBRE DETRÁS DEL PRESIDENTE

Después de escuchar durante horas aquella historia, uno comprende que hay una diferencia enorme entre conocer a un personaje y conocer al hombre. El personaje es conocido. El hombre, no tanto. El personaje fue presidente. Fue dirigente. Fue senador. Fue guerrillero. Fue preso. Fue una figura internacional. Pero antes de todo eso hubo un niño. Un niño que jugaba a la bolita. Que remontaba cometas. Que jugaba al fútbol con una pelota de trapo. Que aprendió a arar junto a una potranca. Que ayudaba a cortar forraje para 800 conejos. Que escuchó el Maracanã en una radio de madera. Que tenía una escuela pegada a su casa. Que perdió a su padre cuando tenía ocho años. Que tuvo una madre que sostuvo el hogar. Que conoció maestros que quedaron para

siempre en su memoria. Y quizás allí esté la verdadera historia. Porque los grandes acontecimientos no aparecen de la **nada.Se** construyen sobre pequeñas experiencias.

UNA DESPEDIDA DESDE RAÍCES

Antes de despedirnos quisimos agradecerle nuevamente. Le contamos que aquella humilde Revista Raíces nació con el deseo de transferir cultura a través de los barrios. De rescatar las historias de quienes muchas veces no tienen voz. De conservar las memorias que, si nadie las escribe, pueden desaparecer. Le dijimos que nuestro agradecimiento era también en nombre de todos quienes forman parte de la revista y de nuestros lectores. Y la respuesta de Mujica fue breve. Sencilla. Como tantas veces ha sido su manera de decir las cosas:

“Suerte.”

Nos quedamos con esa palabra. Y también con todo lo que había quedado flotando durante la conversación.

UNA VIDA QUE NO CABE EN UNA ENTREVISTA

Hay conversaciones que terminan cuando se apaga el grabador. Esta no. Porque algunas conversaciones siguen trabajando dentro de uno. Mujica reconoció que el tema del ser humano no era para una sola charla. Y probablemente tenga razón. Una vida tampoco cabe en una entrevista. Mucho menos una vida como la suya. Pero aquella tarde tuvimos la posibilidad de acercarnos a algunas de las capas más profundas de esa historia. Y terminamos comprendiendo que detrás de cada persona existe una historia anterior. Una familia. Un barrio. Una escuela. Un maestro. Una madre. Un padre. Un amigo. Una pérdida. Un amor. Un trabajo. Una dificultad. Un sueño. Todo eso nos va construyendo. Todo eso va escribiendo sobre nuestro propio “disco duro”. Quizás por eso los barrios tienen tanta importancia. Porque son parte de ese disco duro colectivo. Las calles donde crecimos. Las plazas. Las escuelas. Los almacenes. Los clubes. Las iglesias. Las viejas casas. Los personajes que conocimos. Los vecinos. Los que ya no están. Todo forma parte de aquello que somos. Y cuando desaparece una historia, también desaparece una pequeña parte de nosotros. Por eso seguimos haciendo Raíces. Para que algunas de esas historias permanezcan.

Y QUEDÓ UNA PREGUNTA

Nos fuimos de la chacra con muchas preguntas.

¿Qué somos?

¿Qué nos hace ser quienes somos?

¿Cuánto hay de naturaleza?

¿Cuánto hay de educación?

¿Cuánto nos cambian las personas que aparecen en nuestro camino?

¿Cuánto pesan nuestros barrios?

¿Cuánto de nuestra infancia permanece escondido esperando que algo lo despierte?

Quizás Pepe Mujica no pretendió responder esas preguntas. Tal vez solamente nos ayudó a formularlas. Y eso ya es mucho. Porque después de una vida atravesada por la política, la lucha, la cárcel, el poder y la historia, Mujica sigue hablando de las cosas esenciales. De la naturaleza. De los seres humanos. De la bondad. De la solidaridad. De los pobres. De la memoria. De aquello que somos. Y quizás, al final, todo vuelva a aquella frase que quedó resonando en nosotros:

“Es muy difícil ir contra el disco duro.”

Una frase sencilla para explicar una vida compleja. Una frase que también puede servirnos para mirar nuestra propia existencia. Somos aquello que heredamos. Aquello que aprendemos. Aquello que sufrimos. Aquello que amamos. Aquello que otros dejaron en nosotros. Y también somos aquello que, a pesar de todo, decidimos transformar. El disco duro puede ser fuerte. Pero la vida también escribe sobre él. Lo hacen los encuentros. Los dolores. Las alegrías. Las personas que llegan. Las que se van. Los barrios. Los recuerdos. Los sueños. Y quizá ese sea el verdadero sentido de conservar la memoria.

Recordar de dónde venimos para entender un poco mejor quiénes somos.

Eso es, en definitiva, lo que intentamos hacer desde Revista Raíces. Contar historias. Rescatar voces. Mirar a los barrios. Y recordar que detrás de cada nombre conocido, detrás de cada personaje de la historia, detrás de cada hombre o mujer que alguna vez ocupó un lugar importante, siempre existe alguien que alguna vez fue simplemente un niño. Como aquel niño de

Paso de la Arena. El niño de la escuela 150. El niño de la pelota de trapo. El niño de la radio. El niño que aprendió a arar junto a Regalo.
El niño que, muchos años después, se convertiría en Pepe Mujica.